

Una escuela EMOCIONANTE

y otros cuentos
escondidos

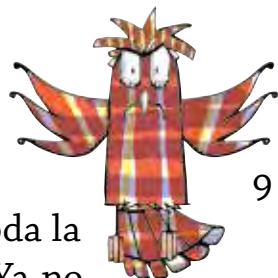
Helen Velando



loqueleg

A mi amiga Beatriz,
por tantas emociones
compartidas desde niñas.

Una escuela emocionante (emociones sueltas)



9

Comenzaba un nuevo año y el calor de aquella mañana hizo que toda la escuela se despertara temprano. Ya no se oían niños, ni maestros, ni empleados: habían comenzado las vacaciones.

Los techos rojos brillaban a la luz del sol, las hamacas y los toboganes se desperezaban, reinaba un silencio apenas interrumpido por el canto de los pájaros. Pájaros que se posaban entre las ramas del gran árbol, que se erguía frondoso llenando de sombra el centro del patio, al ladito del busto del prócer. Cada tanto, alguna mariposa distraída sobrevolaba el lugar y se metía por las ventanas de las aulas vacías. Una abeja zumbona pasaba junto al cantero y se detenía en una flor para luego retomar vuelo. Silencio, eso había,



mucho silencio, salvo por una de las canillas del bebedero que todavía seguía porfiada goteando a pesar de haberle cambiado el cuerito.

10 Sin embargo, aquella tranquilidad no era total, las emociones habían quedado dentro de la escuela a la espera de otro inicio de clases, pero por ahora andaban sueltas a su antojo y podían hacer lo que quisieran.

Debajo del árbol, sentada en el murito de ladrillos en donde muchos niños comían la merienda, estaba la tristeza. Miró primero el tobogán de madera reluciente, pensó en los niños que se deslizaron por él, y se puso nostálgica. Le pareció escuchar sus risas y algunos llantos, sobre todo de los que se tiraban de panza y terminaban en el arenero. Su mirada voló luego hacia las hamacas, con sus brazos largos de hierro, que estaban ahora tan quietas, y extrañó el chirrido de sus cadenas y su ir y venir incesante a la hora del recreo. De pronto un charco chiquito, como el que se formaba debajo del alero cuando llovía

mucho y se tapaba el desagüe, empezó a crecer a sus pies. No podía evitarlo: estaba triste.

–¡Qué raro! –se oyó una voz con cierto tono de molestia–. ¡Otra vez llorando debajo del árbol! ¡Estaba visto que iba a pasar esto! –se quejó la ira–. No me digas nada. Me lo imagino, los extrañas.

–Y bueno... –sollozó la tristeza–. Sí, los extraño.

11

Le alcanzó un pañuelo y con ceño fruncido le ordenó:

–¡Haceme el favor de sonarte los mocos!

La tristeza hizo caso y se sonó tan fuerte que retumbó por todos los corredores como un terremoto. De pronto se oyó un alarido que venía del salón multiuso y el miedo cruzó corriendo el patio a los gritos.

–¡Ayyy! ¡Terremoto! ¡Corran! ¡Sálvese quien pueda! ¡Cuidado no se tropiecen, es peligroso! ¡Puede ser un derrumbe y se cae toda la escuela! ¡Socorro! ¡Help! ¡I need somebody! –esto lo dijo porque había aprendido inglés en las clases de la profesora Miss Florence con un niño que le tenía miedo a los idiomas.

–¡Querés dejar de hacer escándalo! –gritó furiosa la ira–. No pasa nada grave ni peligroso. Ni hay un terremoto, ni se escapó una manada de búfalos, ni hay una estampida de elefantes.

12 ¡Para qué habrá dicho eso! En lugar de tranquilizarse, el miedo se impacientó y se puso como loco y corrió por todas partes, hasta que se trepó al mástil de la bandera, y desde allí gritaba:

–¡Cuidado con la manada de búfalos! ¡Son peligrosos! ¡Cuidado con los elefantes, son peligrosos y además se entrompan como la ira!

La tristeza recordó a los niños que se entrompaban igualito que los elefantes porque no podían hacer algo que querían, o cuando les llamaban la atención, y ¡zácate!, se largó a llorar a moco suelto, cada vez más fuerte. La ira le hacía señas al miedo para que se bajara del mástil y a su vez estaba cada vez más enojada con la tristeza, que lloraba desconsolada debajo del árbol. Comenzó a gritar de nuevo y a perder la poca calma que le quedaba.

–¡Después quieren que me controle, que haga yoga y no sé cuántas cosas más y que cuente hasta diez antes de enojarme! Pero con ustedes no se puede, me ponen furiosaaaa. ¡¿Querés hacerme el favor de bajar de ese mástil, miedo ridículo?! ¡¿Y vos, de dejar de llorar que ya mojaste medio patio?! –le gritó a la tristeza.

Justo en ese momento apareció haciendo arcadas el asco y al escuchar el alboroto, dijo:

–Disculpen que interrumpa... Pero vengo con unas náuseas... Es que pasé por el salón comedor y había un olor como a guiso y puchero impregnado en las paredes, después subí hasta el gimnasio a abrir las ventanas y el aroma a sudor no se podía aguantar, al final salí a tomar aire y cuando pasé frente al bebedero... ¡Mamita! ¡Un olorete a caño que me dio vuelta el estómago!

–¡Siempre quejándote por todo! –lo cortó la ira.

–Me quejo porque me dio asco
–se defendió el asco y le sacó la
lengua.





Súbitamente, se oyó una risita y todos voltearon a ver el extremo del patio.

En la rayuela que estaba pintada con números de colores y casilleros rojos venía saltando con una enorme sonrisa la alegría.

14 La tristeza, al verla, recordó cuando los niños pintaron con el maestro aquel juego y se puso más triste todavía. La ira se molestó, no había cosa que la enfureciera más que esa sonrisa enorme cuando estaba tratando de solucionar temas tan serios. El miedo, aferrado al mástil, pensó que a lo mejor la alegría saltaba tan despreocupada que no veía venir la estampida de elefantes y la atropellaban. Y el asco siguió haciendo arcadas porque todavía le parecía oler a caño.

–Hola, ¡qué hermoso día! –saludó la alegría a las otras emociones.

Primero se fijó en el enojo de la ira, luego en la expresión de malestar del asco. Continuó hasta el murito y descubrió a la tristeza hecha un ovillo. Vichó para un lado y para el otro pero no lo encontró. Entonces

la ira levantó un dedo y señaló el mástil. Allá en la punta estaba el miedo paralizado. La alegría pensó que esto era lo habitual, pasaba cada verano cuando terminaban las clases. Es que las emociones no se pueden reprimir, es más, salen sin que uno tenga tiempo de ponerse a pensar, porque son impredecibles, y por eso la alegría sabía que lo mejor era juntarse: se le había ocurrido un plan.

15

–Cuento cinco y las quiero a todas acá reunidas –dijo contenta pero con firmeza la alegría.

Al comenzar a contar se fueron arrimando de a una y cuando llegó al cinco, el miedo ya se había deslizado del mástil y llegó con una carrera. La alegría tomó la palabra:

–¿Quiénes somos?

–¡Las emociones! –dijeron a coro.

–¿Y por qué existimos?

–¡Porque somos necesarias para sobrevivir!

–¡Exacto! Mis queridas amigas. A veces se nos olvida que cada una de nosotras es muuuuy importante para que los seres humanos se desarrollen. Todas cumplimos una



función y ninguna se puede suprimir.
¿Cuál es nuestra misión?

–¡Proteger y expresarnos! –exclamaron.

16 Las emociones se sintieron mejor. Es que últimamente muchos querían controlarlas, suprimirlas, hasta negarlas, y eso no ayudaba mucho a crear personas equilibradas. La clave estaba en una sola palabra: integrarlas. En todo caso, había que dejarlas salir y aprender a no ser dominado por ellas. Por eso cuando la alegría les recordó lo imprescindibles que eran se sintieron más animadas. Aunque faltaba algo más...

–Les propongo un juego.

Todas contemplaron a la alegría como a un bicho peludo sin pelo, es decir como a un bicho raro, porque sería un bicho pelado.

–¡No me miren así! –se rio–. Escuchen: el verano es largo y falta bastante para que todos vuelvan. Les propongo que hagamos una Búsqueda del Tesoro. Estoy segura de que cada una de nosotras guarda cuentos

secretos, como verdaderos *tesoros* que nos sucedieron y que podríamos contarnos.

Las emociones se pusieron pensativas y luego asintieron todas juntas. Aquella era una buena idea y tenían mucho tiempo por delante.

Y fue así que a partir de aquel día, en los largos meses del verano, a veces por las noches, a veces a la hora de la siesta, las emociones sueltas se pusieron a contar sus historias y también cantaron canciones, o recitaron poemas... y entre todas compartieron sus cuentos escondidos.

17





ASCO

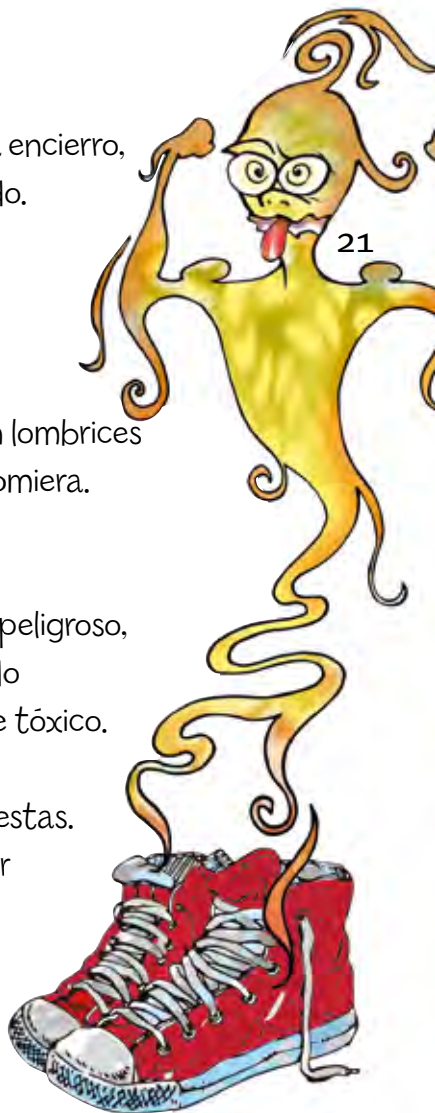




Asco (poesía repulsiva)

A veces me da náuseas el aroma a encierro,
ni hablar del olor a coliflor hirviendo.
Me saco los championes,
me dan asco las medias.
Huelo a comida frita,
me repugna la idea.
Mi primo me mostró un frasco con lombrices
y el muy asqueroso me dijo que comiera.

Si el asco no existiera
no podrías estar alerta ante algo peligroso,
como ingerir comida en mal estado
o entrar a respirar en un ambiente tóxico.
También existo para que digas *no*
a situaciones que pueden ser molestas.
El asco es necesario para sobrevivir
y no quiere decir que no intentes
probar nuevos sabores,
descubrir cosas nuevas.



Estoy lleno (casco atragantado)

¡No tengo más ganas de comer! Estoy lleno. Sin embargo, ella insiste y me obliga. No entiendo por qué no me escucha. Eso que le dije que me duele la panza, que no quiero seguir, que siento asco, igual me insiste para que coma.

23

Tengo la panza llena como uno de esos peces que se inflan, esos que son muy raros y que parecen un globo. En realidad yo soy un poco parecido, panza tengo, no tanta, pero no tengo un cuerpo clásico, mi forma es algo distinta, a muchos les parezco original. Lo dijeron el primer día de clase. Y ahora la panza la tengo tan llena que no puedo evitar que me suban las náuseas. Me estoy aguantando y la panza me duele cada vez más. Si sigo viendo otro bocado... ¡Puaj! No sé cómo va a

terminar esto. Sacaría la lengua aunque sea de mal gusto, pero no puedo...

–A ver... ¿Quién me puede decir en dónde se encuentran y para qué sirven las papilas gustativas?

Las manos se alzaron y el maestro le dio la palabra a un niño junto a la puerta.

24 –Las papilas gustativas están en la lengua.

–Es así, están en la lengua. Correcto –contestó el maestro–. ¿Y cuál es su función? Es decir, ¿para qué sirven?

Ella me agarró sin darme tiempo a nada y yo rogaba que dejara de presionarme, le dije estoy lleno, no puedo más, por favor, me duele la panza y esto se pone peor.

–Las papilas sirven para darse cuenta de los sabores –afirmó la niña que se sentaba en la primera fila al costado del escritorio del maestro.

–Muy bien. Dicho de otra manera, y ya que estamos para que conozcan una palabra nueva, las papilas sirven para que identifiquemos los sabores.

Muchos dijeron que esa palabra ya la conocían, el maestro se alegró y explicó que entonces

cuando uno descubre una palabra nueva hay que ponerla en práctica y usarla en el lenguaje. A mí me cae muy bien. Es un hombre que sabe escuchar, estoy seguro de que si yo le dijera que estoy repleto, que me da asco un bocado más y me duele la panza, me entendería.

Alguien me contó, esto yo no lo vi, me lo dijo un amigo que sí estaba ahí de casualidad porque un niño se lo llevó en el bolsillo del uniforme sin darse cuenta, que a una niña le pasaba lo mismo que a mí. La obligaban a comer hasta terminar todo lo que estaba en el plato, y eso que ella les decía que le dolía la panza, pero no le hacían caso, y hasta que no terminaba no la dejaban en paz. A veces durante la tarde seguía con sensación de náuseas. Es que la panza sabe cuándo tengo que parar. Las náuseas son para avisarme que me detenga, que ya alcanza, que no necesito más. Sé que algunos se confunden, creen que si alguien deja comida en el plato es por capricho, y a veces puede ser, por ejemplo para comer solo el postre. Aunque también puede ser porque estás repleto.



Esto sí lo escuché yo. En la casa donde vivo. La madre le dijo: te comés todo porque hay otros que no tienen para comer. Y yo me pregunté: ¿y por eso algunos tienen que comerse tooodo lo que otros no pueden? Me pareció un argumento un poco absurdo, eso para que sepan que yo también aprendí con el maestro palabras nuevas e importantes. Una vez, este amigo que les cuento había ido a la dirección no sé por qué asunto. ¡Ah, sí, ya recuerdo! Porque al niño se le había olvidado la cartuchera y terminó en una esquina del escritorio de la directora. Estaba allí cuando vinieron unos padres enojadísimos a preguntarle a la señora directora, tan linda y siempre sonriente, por qué su hijo Facundo llevaba la vianda de vuelta casi todos los días sin tocar. Que, aclaro, no es que no la tocara, querían decir que volvía mucha comida adentro. La directora, Agatha, no solo es linda, también es muy amable y simpática, eso opinamos muchos de nosotros, no quiero decir todos porque somos muchos y siempre hay alguno que no está de acuerdo. Por si no lo saben, eso se llama



diversidad de opiniones. ¡Tomá!, bien, ¿en qué estaba? Ah, sí, vinieron esos padres, muy molestos, a ver qué era lo que sucedía en el comedor que a su hijo lo dejaban hacer cualquier cosa y no lo obligaban a terminarse la vianda que le mandaban.

–¿Y qué es lo que le mandan? –preguntó amablemente Agatha.

27

–Una dieta saludable. Le mandamos formitas de pollo, legumbres y una fruta. Y la ensalada y la fruta vuelven sin tocar –se alteró la señora.

La directora le preguntó al papá porque notó en ese momento que bajó la mirada.

–Dígame, señor Pérez. ¿En su casa Facundo se come todo eso?

–Bueno... –balbuceó el hombre–. En casa comemos diferente.

–No entiendo –dijo con sinceridad la directora.

–¡Quiere decir que en casa le damos la comida que le gusta! Cuando llegamos de trabajar no estamos para ponernos a cocinar nada elaborado. Hacemos algo sencillo

y guardo un poco para la vianda –replicó la señora.

–Entonces ustedes comen ensaladas variadas –dedujo la directora.

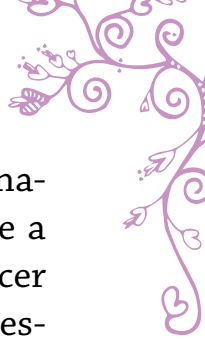
La señora de Pérez se sintió atacada y elevó la voz:

28 –¡Ya le dije que no tenemos tiempo en la semana para hacer comidas elaboradas!

Agatha, que entendió muy bien el problema, eligió con cuidado sus palabras; no quería lastimar a nadie, pero era su deber responderles a los padres por qué el nene no comía todo.

–Me parece que ahora comprendo claramente lo que sucede. Facundo repite en la escuela la conducta que vive en casa. Allí no hay tiempo para hacer ensaladas, entonces ¿por qué tendría que comerlas en el colegio? Si sus mejores modelos, que son ustedes, no las comen, debe de ser lo mejor para él –y esbozó una sonrisa que no era de triunfo, era de comprensión.

Los padres no se fueron muy contentos, y bueno, qué se le va a hacer. Sin embargo,



parece que el señor Pérez mientras caminaban por el corredor le dijo a su señora que a partir de ese día, él se iba a encargar de hacer ensaladas para la cena. Y ella, todavía molesta, pensó que podría hacer ensalada de frutas el fin de semana.

¡Ay, ya viene de nuevo! ¡Mi panza no aguanta más! ¡Siento náuseas! Estoy lleno. Me da asco verlos. No puedo con uno más. No puedo. Tengo ganas de vomi....

29

–¡Aggghhh! ¡Qué enchastre! –gritó la niña del primer banco mirando el cuaderno apoyado en el banco.

Sobre las hojas rayadas, el sacapuntas celeste con forma de pez, que guardaba toda la viruta de los lápices, se había abierto y su contenido de virutas y puntas diversas, de lápices negros, de lápices verdes, amarillos y rojos se desparramó encima del cuaderno de ciencias y el polvillo de los grafos manchó toda la hoja. La niña estaba tan molesta que lo cerró y lo puso en una esquina del banco, como para que apreciara el desastre que había causado.

Y eso que el sacapuntas celeste con forma de pez se lo había dicho muchas veces: estaba lleno de viruta, sin embargo creo que ella simplemente no pudo escucharlo.

